

Domingo 2 Adviento. Año BC

Lectio divina sobre Lc 3,1-6

Para ayudarnos a preparar la venida de Jesús, el evangelio nos presenta la figura del Bautista, nos recuerda su misión y su mensaje. Y lo hace con todo lujo de detalles, encuadrando su actividad en un período bien definido de la historia humana: el Precursor de Jesús es un personaje real, cuyos contemporáneos conocemos y cuyas palabras vuelven a resonar de nuevo, hoy como entonces, para llamarnos a la conversión a Dios y a la espera de su salvación. ¡Tan en serio se tomó Dios su decisión de venir a nuestro mundo, haciéndose como uno de nosotros, que quiso hacerse anunciar previamente y exigió ser esperado activamente!. Recordar hoy la misión del Precursor, cuando estamos esperando la venida del Señor, nos impulsa a ser esa voz que, en el desierto de hoy, lo anuncie cercano.

¹En el año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes virrey de Galilea, y su hermano Felipe virrey de Iturea y Traconítide, y Lisanio virrey de Abilene, ²bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

³Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, ⁴como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

«Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; ⁵elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale. ⁶Y todos verán la salvación de Dios.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Nuestro breve texto, que habla de la misión del Bautista, tiene dos partes bien definidas: su contexto histórico (Lc 3,1-2) y la descripción del hacer del Bautista (Lc 3,3-6).

Aunque haya narrado nacimiento e infancia de Jesús (y del Bautista), Lucas inicia, propiamente, su evangelio introduciendo al Bautista, “la voz que grita en el desierto”, en la historia contemporánea. No es una presentación casual: antes, incluso, de hacer ingresar a Jesús en la historia de la humanidad, el narrador sitúa, no al Precursor del Mesías sino a la Palabra de Dios, en un tiempo y en una geografía bien determinadas. Una tan prolija fijación de las circunstancias podría engañar: más que a una pretendida exactitud histórica, sirve para subrayar la decisión tomada por Dios: su Palabra “cayó sobre Juan, en el desierto”. Para que nazca una voz que anuncie a gritos un Salvador por venir, tendrá que hablar antes Dios. El Bautista debe su misión, y el mensaje, a la Palabra de Dios que le sobrevino en el desierto. La Palabra le convirtió en ‘voz que grita’ la salvación.

Constituido profeta por la Palabra que lo poseyó, el Bautista pudo fungir como tal, predicando bautismo y conversión a Dios. Hijo de la Palabra no hizo más que cumplir la Palabra. El citado oráculo de Isaías aclara la actividad del Bautista, explicando la finalidad de su ‘bautismo de conversión’. Juan se consagra a preparar la llegada de quien está por venir. Su mensaje incide no tanto en el anuncio de la próxima salvación sino en la necesidad de preparar su llegada. La urgencia por allanar el sendero no nace del corazón del que necesita salvación, sino de que está viene ya de camino. No tienen que convertirse quienes mal se sientan o quienes sienten el mal, sino todo aquel que sepa que el Bien está por llegar. Dios salvador se dejará ver, y encontrar, para quien se ponga a hacerle más fácil su llegada.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Lucas es el evangelista que con mayor esmero encuadra dentro de la historia de la humanidad la figura y la predicación del Bautista. Así logra dar un alcance universal a la obra del Precursor de Jesús: el mundo es testigo y destinatario de una proclama, en la que la promesa de un perdón de los pecados va precedida por una llamada a la conversión. Quienes hoy preparen el camino al Señor que llega, verán pronto la salvación. La anunciada liberación es del todo gratuita, no viene el Señor porque se le espere o nos lo merezcamos; viene porque quiere y porque nos quiere. Pero que sea gratuita, no significa que no tenga que ser preparada. Oír ‘la voz que grita en el desierto’ implica hoy saberse en espera del Salvador y reconocer la urgencia de nuestra conversión a Dios. No hay esperanza sin conversión. No se pueden desear bienes mejores y definitivos sin alejarse del mal: quien vive deseando a su Señor, vive lamentando su ausencia pero ya vive ya conforme a su querer. La falta del que ha de venir le motiva para vivir como presume que de él se espera.

Hoy quizá envidiemos a los contemporáneos del Bautista que tuvieron la oportunidad de verle de cerca y de cerca oyeron su predicación que les recordaba la proximidad de Dios e les instaba a preparar con urgencia el camino al Señor. Y es que, en verdad, nosotros a duras penas encontramos en nuestro entorno alguien que nos recuerde al Señor y sus exigencias; vivimos hoy los creyentes echando en falta no sólo a Dios sino también a esos otros grandes creyentes que nos logren convencer de que Dios está en camino. Nos siguen haciendo falta precursores de Dios, que nos anuncien ya su llegada cuando nosotros no logramos siquiera darnos cuenta de que le habíamos abandonado; necesitamos que se nos recuerde que Dios sólo viene para quienes le esperan y que cuantos le esperan tienen la

obligación de hacerle viable el camino hacia nosotros; que no nos visitará si no mejoramos la senda que ha de tomar para venir a nosotros.

¡Cómo no envidiar, pues, a todo aquél que ha oído la voz que clama en el desierto, que ha encontrado un Precursor del Dios que se nos acerca! Y sin embargo, a nadie priva de esa voz el Dios que está empeñado en acercárenos y a todos ha mandado su precursor. Precisamente porque Dios quiere encontrarse de veras con cada uno de nosotros, se sigue haciendo preceder de personas o acontecimientos que nos descubren, si los tomamos en serio, la ausencia de Dios en nuestra vida, nuestro desierto personal: no es nuestro caso el que nadie nos haya anunciado nunca que Dios quiere venir junto a nosotros, ¡y está ya en camino!; es que no nos creemos del todo que ya no esté con nosotros; es que no queremos aceptar que en nuestro corazón ya hemos perdido de vista a nuestro Dios.

No logramos creernos que va a venir una vez más, sólo porque no reconocemos que una vez más lo hemos vuelto a perder. Y por eso, no aceptamos que nadie nos diga que hay que prepararse a su venida. Porque no tenemos intención de preparar su venida, no oímos a quien nos está diciendo que está por llegar; las voces del Precursor siempre han clamado en el desierto. Y por no oír esas voces que siguen clamando hoy como ayer, seguimos desaprovechando la ocasión de encontrarnos de nuevo con Dios. Es una lástima, es un verdadero pecado, que por no echar suficientemente a Dios en falta, nos falte Dios y no le preparemos el camino que quería tomar para llegar junto a nosotros. Nos perdemos a todo un Dios, sólo por darlo, sin más, por supuesto en nuestro corazón y en nuestras vidas.

Si no queremos correr ese riesgo, empecemos por escuchar a todo aquél que nos hable de Dios. Hagámonos más atentos con quienes nos hagan ver que aún nos falta Dios; comprobar que nuestro mundo no es el cielo, que nuestra vida familiar no es el hogar que anhelamos, que en nuestros corazones hay todavía mucha mal, no es desesperante, si ello nos lleva a aceptar la falta que Dios nos hace, lo necesario que es para nuestro mundo, para nuestra familia y en nuestro corazón. Apreciamos, pues, a cuantos - y sean quienes sean - nos obligan a caer en la cuenta de que todavía vivimos más de la ausencia de Dios que de su presencia; pueden ser un amigo o un desconocido, la enfermedad repentina o la alegría inesperada, la tragedia inexplicable o un suceso diario, la opinión de los demás o la voz de nuestra conciencia. Dios se sirve de cualquiera con tal de anunciárenos cercano: bastaría que le echáramos un poco de menos y que le deseáramos un poco más, para escuchar al precursor que nos ha designado.

No es que Dios no se haga preceder, que no anuncie su llegada, es que no encuentra quien le espere, es que no nos encuentra dedicados a ponerle menos trabas, es que estamos demasiado ocupados con nuestros problemas, muy preocupados también con los problemas que tenemos con Dios, como para pensar en los problemas que Dios tiene para venir hasta nosotros. Y, sin embargo, sólo verán la salvación de Dios quienes le han preparado el camino: al Dios que viene para estarnos cerca, no hace falta que le demos razones, ni que le metamos prisas, para que venga. Tan sólo hace falta que enderecemos el camino e igualemos la senda que ha de recorrer, que nos esforcémos, precisamente porque tanto nos falta, por facilitarle su llegada. Pensemos hoy qué es lo que nos está separando de Dios y sabremos qué es lo primero a lo que tendremos que renunciar para no renunciar a Él, mejor, para no obligarle a que Él renuncie a nosotros. No perdamos la oportunidad de encontrarnos con todo un Dios, sólo porque no oímos las voces que anuncian su venida; sería una torpeza enorme que perdiéramos a todo un Dios, sólo porque no le echamos suficientemente en falta.

Y si nosotros logramos vivir esperándole, si nos decidimos a oír a cuantos de Dios y de su venida nos hablan, convirtámonos en anunciadores de ese Dios a quien esperamos y hemos preparado el camino. Que nuestra dicha de saberle cerca de nosotros no muera en nosotros. Para que nuestra esperanza sea mayor, trabajemos para que otros la compartan con nosotros. La mejor manera de prepararnos para la venida de Dios sería la de convencer a cuantos nos rodean, a quienes nos son familiares y a los ajenos, para que preparen junto a nosotros los caminos al Señor: compartiendo el trabajo y la esperanza común se nos hará menos penoso el esfuerzo y más corta la espera. Dios no puede negarse a encontrar a quien ha vivido anunciando a los demás su venida; no rehusará venir a quien le allanó el camino hacia los demás; será el primero en encontrar a Dios quien le sirva de intermediario con los demás.

Faltan hoy en nuestro mundo, en nuestra iglesia, precursores de Dios, creyentes tan seguros de su venida que se emplean a fondo en anunciarla. Y, por eso, no encontramos motivos para ponernos a trabajar en sus caminos. Y porque no se le espera, no se le encuentra cuando viene. Y no se ve su salvación por ninguna parte: sólo quien lo espera y trabaja para que venga de una vez, la verá; sólo el siervo que le aguarda se encontrará con su Señor cara a cara. No celebremos, pues, otro adviento de Dios más, sin que tenga consecuencias en nuestra vida: si no recuperamos la esperanza en Dios y nos convertimos en causa de esperanza para los demás, pasará, sin pena ni gloria, esta oportunidad. Busquémonos, entre tantas voces y rumores, aquella que nos habla del Dios por venir y dejemos que en nuestras vidas resuene la voz de Dios: así sí que celebraremos decentemente el adviento este año.